Un Antídoto contra el Cinismo

Las Armas de la Convicción

● La caída de las utopías, de las visiones globales, puede dar lugar a un realismo modesto y honrado. Pero el realismo puede degenerar también en cinismo, como está ocurriendo hoy en Europa, y en concreto en España. Este es el diagnóstico que hace Rafael Gómez Pérez en un reciente ensayo, "Lo mejor es posible", donde muestra los rasgos del cinismo contemporáneo y las armas para combatirlo.



LO peor del cinismo es lo que tiene de fría supresión de la ilusión de otros. No hay, bien mirado, cinismo particular. El cinismo, que se presenta aparentemente como una actitud muy personal y como de quien está de vuelta, se transmite fácilmente hoy, donde todo se puede difundir enseguida. Y la difusión del cinismo tiene como primera consecuencia el aborto de posibilidades no exploradas.

Este cortar, en la raíz, la misma posibilidad es lo más triste del cinismo. El cinismo es una actitud estéril y tanto más grave cuanto que se presenta como "inteligente". El cinismo no es una actitud primaria, sino derivada y, por lo general, el cínico suele contar con información y estar dotado de una capacidad notable de advertencia cultural, al menos en un ámbito determinado. "Estar de vuelta —algo muy propio del cinismo— quiere decir, de algún modo, "haber ido". "Se ha ido" y se piensa que no compensa.

Desde otro punto de vista, el cinismo es una forma de abuso de poder. Si el poder es, por así decir, privado, particular, limitado, las consecuencias para los demás no son excesivamente graves. Pero cuando el poder adquiere alguna consistencia —por ejemplo, en el caso del cinismo político— hay que hablar de una desnaturalización de las formas democráticas.

Si el cinismo tiene razón, las formas democráticas son una broma de mal gusto. No sería verdad que el pueblo es representado por los diputados, ni que los jueces son independientes, ni que los dirigentes políticos no se aprovechan de su situación de ventaja. Es más: sería verdad todo lo contrario. La democracia tal como se conoce no sería más que una farsa.

La razón de fondo, sin embargo, que justifica una crítica del cinismo es la defensa de la posibilidad de la verdad. Si ésta puede ser impunemente maltratada por el cinismo, entonces lo más acertado es acercarse al sol que más calienta, al poder de turno, al que manda. Pero en ese caso, sin ni siquiera la verdad de su parte, los maltratados, los desgraciados, los que tocan a menos están, además de heridos, maldecidos.

La tristeza que, en ese sentido, difunde el cinismo es, por eso, una descarnada injusticia. Cualquiera que piense que no es bueno dejar las cosas tal como se encuentran, cualquiera que defienda la posibilidad de la justicia ha de criticar el cinismo, en el sentido de hacer ver sus consecuencias. Estar de vuelta es demasiado fácil. Hay que ir continuamente. Aunque sólo fuera por moverse.

El cinismo tiene que ver con la verdad. Lo que "le pase" a la verdad en cada época "le ocurre" al cinismo en esa misma época.

El cínico no niega la realidad. Todo lo contrario: la comprueba, la reconoce. Pero coloca por encima de la verdad un criterio distinto: compensa actuar impunemente. En el cinismo hay un elemento de impunidad. Existe una actitud cínica sólo mental, pero el ejercicio directo del cinismo exige la impunidad. El cínico es el que se alimenta con la ofensa que hace a la verdad, porque se trata de una verdad indefensa.

La relación con la verdad diferencia al cínico del escéptico. El escéptico no reconoce la posibilidad de la verdad, pero no se aprovecha de quienes sí lo hacen. Existe un escepticismo "terminal", que coincide con la expectativa del que "está de vuelta", pero, con carácter más general, hay un escepticismo que consiste en la contracorriente convicción de que no es posible ninguna convicción segura y clara.

El cínico puede ser escéptico, pero el cínico es distinto en esencia del ser escéptico. El cínico reconoce que hay verdades o, al menos, que hay gente que vive según una verdad profesada. Pero, sobre esto, el cínico añade una especie de actitud práctica, que se puede resumir así: la verdad o, en general, la rectitud no compensa. Maquiavelo, un cínico, habló de Savonarola —el fraile que quería moralizar la vida de Florencia y que acabó en la horca— como de un "profeta desarmado". ¿De qué le había servido a Savonarola creerse en posesión de la verdad? Había muerto de forma humillante y sin haber conseguido nada. En el supuesto —del que Maquiavelo duda— de que el fraile tuviera razón, de nada le habría servido.

Hay gente que llega al cinismo cuando pasa la juventud. El cinismo puede no estar suficientemente teorizado, pero se da en las respuestas prácticas y, sobre todo, en determinados consejos a la gente joven: "No te compliques la vida, en el fondo tiene razón el que más manda, a mí me ha ido bien porque no me he comprometido con nadie". Este tipo de actitud aparece a veces con el ropaje de una opinión autorizada y amigable, pero no deja por eso de contener el elemento cínico.

Por vueltas que se le dé a las presentaciones del cinismo, se llega siempre a lo mismo: a una cierta sorna ante la indefensión de la verdad, de la honradez, del bien.

El cinismo sólo se combate eficazmente con convicciones. Porque es un comportamiento interesado, un cálculo que tiene que poder operar con todos los factores. No admite la convicción, es decir, lo innegociable. Si se desea construir una cultura distinta y mejor, es preciso antes que nada difundir algunas convicciones esenciales.

No todo cambia

No todo cambia. Hay, a lo largo de la historia, constantes. Son algo así como los radicales humanos, los enlaces para la composición y recomposición de las actitudes fundamentales.

El tema se conecta enseguida con el de la verdad. ¿Es la verdad algo puramente construido por el sujeto humano o hay una verdad en las cosas, con independencia de que sean conocidas? O, si se quiere, en un mundo de sujetos, la verdad "es lo que es y sigue siendo verdad aunque se piense al revés", según el famoso verso de Machado—; o verdad es siempre un "constructo", una elaboración en cierto modo artificial.

Existen las que pueden ser llamadas "constantes culturales", es decir, actitudes y comportamientos comunes y permanentes para los hombres de todos los tiempos y de todas las culturas. No sólo de la mayoría, sino de todas. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que todos los hombres de hecho hayan llegado a afirmar la verdad de esas constantes.

El cinismo se ampara con frecuencia en la comprobación de que el mal prospera más que el bien, hasta el punto que se puede decir que el bien es imposible.

Lo mejor es más difícil, pero es posible. De hecho, en la vida de millones de personas se da lo mejor, es decir, la conducta de la virtud. No por puritanismo, ni por exhibición, sino por convicción.

Las cosas funcionan pasablemente bien, de ordinario, gracias a que el cinismo es minoría. En la mayoría de las personas existe una práctica corriente de honradez, de virtud. Los ejemplos que se podrían poner pueden parecer triviales, pero no los son: la mayoría de los padres quieren a sus hijos, la mayoría de la gente tiene amigos, la mayoría de la gente no engaña, ni defrauda, ni insulta, ni roba... Si lo corriente y mayoritario fueran las conductas viciosas, el mundo dejaría de funcionar en un momento.

El cinismo sólo se combate eficazmente con convicciones. Porque es un comportamiento interesado, un cálculo que tiene que poder operar con todos los factores. No admite la convicción, es decir, lo innegociable. Si se desea construir una cultura distinta y mejor, es preciso antes que nada difundir algunas convicciones esenciales.

El que una cosa se dé es una demostración práctica de su posibilidad. Lo mejor es posible y se da con frecuencia. Es más corriente la virtud que el vicio: lo que sucede es que el vicio, al ser por su misma naturaleza corrosivo y "estropeante", causa más estrépito que la virtud, es más llamativo. Además, no va en contra del vicio presumir de sí mismo, pues la vanidad es otro vicio. En cambio, no es virtuoso presumir de virtud.

Que lo mejor sea posible, incluso frecuente, no quiere decir desconocer la realidad, también cotidiana, de los fracasos. El deber ser de la ética no es un "tú tienes a la fuerza que...". Tampoco es hipocresía. Mantener un deber ser no significa dejar de comprobar que, precisamente porque el hombre es libre, puede apartarse de "lo que debe" y hacer "lo que no debe".

Es poco razonable argumentar en contra del "deber ser" con la supuesta fuerza de unos casos en los que el deber ha sido incumplido, ya de forma manifiesta y "asumida", ya de forma encubierta e hipócrita. Es, por ejemplo, el tipo de razonamiento, falso, que se declara en contra de la validez de la moral católica sobre la sexualidad, argumentando que hay muchos casos de incumplimiento entre los mismos católicos. O el que alimenta una mala opinión sobre una clase de personas, por ejemplo los sacerdotes, porque conocen un caso de conducta menos digna o irregular.

Aplicando el mismo criterio, habría perdido hace tiempo su validez la legislación que considera delito el robo, ante la frecuencia de estos actos contra la propiedad. Cuando existe, fundamentado o justificado, un "deber ser", una norma, los casos de incumplimiento no invalidan la ley, sino que, en realidad, deberían urgir a un más claro y decidido mantenimiento de los preceptos.

La utopía progresista, mientras estuvo de moda, era un modo de no repetir lo evidente, una manera de no parecer ingenuos. Pero cuando cae la utopía hay que aceptar el reto de lo sencillo si no se desea caer en el cinismo. Sencillo es lo que se acaba de decir: que el mundo funciona gracias a que hay un excedente de situaciones honradas. El vicio, en ese sentido, es un fenómeno parasitario.

Creer no es "fundamentalismo"

El zarpazo suave, pero cruel, del cinismo tiene como víctima la capacidad de creencia. Y, si no hay nada en lo que compense creer, lo primero que cae es la creencia religiosa.

Una forma reciente de cinismo adopta el sistema de crítica al "fanatismo fundamentalista" o, sin más, al "fundamentalismo". En realidad, no es algo nuevo: la crítica a un supuesto fanatismo (o la utilización dolosa de casos reales de fanatismo) es una de las armas favoritas de los "ilustrados", desde hace más de dos siglos.

Por fundamentalismo se entiende "creencia religiosa fanática". Pero poco a poco el concepto se va ampliando hasta que llega a la idea de que "cualquier creencia religiosa lleva en sí los gérmenes del fanatismo". Por tanto, según esa actitud, el único modo de que la creencia religiosa evite el peligro de fanatismo es perdiendo seguridad en sí misma. Se puede creer, pero diciendo o haciendo ver que no es que eso sea en sí verdad, sino que a mí me convence, me va, cosa mía.

En el equívoco fe igual a fundamentalismo hay muchas cosas confundidas. Por eso es bueno descartar algunas.

Primera: que el fanatismo no tiene justificación, ni para la religión ni para cualquier otra creencia o convicción. Fanatismo es imposición, coacción en las ideas y en las actitudes. Como se sabe, es fácil el fanatismo político y, en otros ámbitos —mundo del espectáculo, por ejemplo—, los partidarios de algunos "ídolos" son llamados, precisamente, los fans, los fanáticos. Por no hablar del fanatismo en algunos deportes, que ha llevado al fenómeno del sector extremo de los *hooligans*.

Segunda: si el fanatismo no se justifica nunca, menos aún en la religión. *"No es propio de la religión obligar a la religión"*, escribía Tertuliano en el siglo II. El fanatismo religioso es una desvirtuación de la misma religión, pues el acto de fe o es libre o no es.

Es una vaga simplificación confundir, sin más, creencia religiosa con "fundamentalismo", y esto, a su vez, con islamismo. Si por "fundamentalismo" se entiende el estado en el cual los creyentes o no tienen dudas sobre sus creencias o procuran superarlas sin ofensa para esas mismas creencias, se está tergiversando la realidad. La conciencia cierta y verdadera sobre algo no es cerrazón ni fanatismo. Es el estado normal y a la vez ideal de la convicción.

El fanatismo aparece *sólo y si* se quiere imponer una creencia a quienes no lo desean, sea cual fuere el contenido de la imposición: religioso, político, cultural, económico, deportivo, artístico, etc. El fanatismo no es un hecho ni exclusiva ni principalmente religioso, por numerosas que sean las formas de fanatismo en nombre de alguna religión.

**Rafael Gómez Pérez, ensayista español*